

pueblo. Los hijos de los nobles frecuentaban las universidades en hábito de estudiantes, hábito que confundía y barajaba las clases; é igualados por el espíritu de cuerpo á los de mas humilde esfera, tomaban parte en sus travesuras, identificándose en su atolondramiento de muchachos con todo lo mas rastrero de la sociedad que los rodeaba; y tal vez abandonando las comodidades de sus posadas y la abundancia que en ellas gozaban, tenían por placer vagar de pueblo en pueblo cubiertos de harapos, viviendo á expensas de la caridad pública, curtiéndose entre molestas privaciones en las fatigas del hambre y de la intemperie. Salidos de las universidades, hecha una necesidad la independencia, no podían sosegar en la quietud de sus casas. En las Indias, Flandes ó Italia ponían el blanco de sus deseos; y allí corrían hijos de casas poderosas, no á mandar una compañía ni siquiera en calidad de alférez de ella (como pretende ahora cualquiera que no haya sido envuelto desde que nació en burdo paño de Segovia), sino de simples soldados á manejar una pica ó un mosquete. En tal concepto Ercilla desde el palacio de Felipe II, siendo gentilhomme suyo, atravesó el Atlántico, y fué á Chile á tomar parte en la reduccion de los araucanos; en el mismo, el gran duque de Osuna dió prueba de su valor en Flandes; en el mismo, el marqués de San German don Juan de Mendoza, capitán general que llegó á ser del reino de Portugal, se presentó en las campañas de los Países-Bajos á practicar los rudimentos de la milicia (1). Dándose á tal vida, trabajos en los mesones, viajes con toda descomodidad y escenas de campamento eran los principales pasatiempos de su juventud.

Esto hacían los de ánimos mas levantados, que otros, sin acordarse de ser útiles á la patria, andaban vagabundos y no volvían á sus casas sin haber antes pasado en las mas famosas academias por todos los grados de la briba. El gran pintor de costumbres españolas, Cervantes, nos da un retrato de ellos en su novela de *La ilustre fregona*. En Búrgos habia dos jóvenes de casas principales, llamados don Diego Carriazo y don Tomás de Avendaño. El don Diego á los trece años dejó la casa de sus padres, llevado de su picaña inclinacion, y tres veranos acudió á la pesca de los atunes en las almadrabas de Zahara, que el autor gradúa el *finibus terrae* de la picaresca. Todo este pasaje debe leerse en su original, maravillosa pintura de la vida bribona, trazado como de tal mano. Vuelto á su casa nuestro aventajado jóven, hecho maestro en el arte, aunque no pervertido en sus proceder caballerosos, fué recibido en ella con júbilo; mas triste y pensativo en el vicio del hogar paterno, recordando sus queridas almadrabas, resolvió volver á ellas é incitó á su amigo don Tomás de Avendaño á que le siguiese en tan baja determinacion. Fingieron querer ir á Salamanca á estudiar, y les proporcionaron sus padres dinero y un ayo, á quien comenzaron ya á dar que hacer desde que pusieron los piés en Valladolid hasta que se le escaparon despues de haberle quitado cuatrocientos escudos que para el gasto llevaba, dejándole una carta en que la advertían dijese á sus padres que habiendo maduramente considerado cuánto mas propias son de caballeros las armas que las letras, habian determinado dejar á Salamanca por Brusélas, á España por Flandes. No serian de seguro Carriazo y Avendaño los únicos originales de este retrato, ni cierto Cervantes hubiera empleado con tanto cuidado los hermosos toques de su pincel vigoroso para pintarnos una excepcion de la regla, ni su pintura hubiera parecido verosímil á sus contemporáneos si en la vida real no hubiesen abundado los modelos. Ahora bien, cuando tan nobles aventureros y vagabundos, apagado el hervor de sus pasiones, volvían á la tranquilidad de sus casas, ó cuando el matrimonio daba compás al método de su vida, no podían menos de embelesarse con tales escenas que les traían á la imaginacion otras semejantes de que en sus mocedades, si no fueron actores, fueron espectadores á lo menos. Esta es la causa, en mi concepto, del gran interés que inspiraba su lectura, así á la clase media como á la elevada, únicas para quienes se escribían los libros de pasatiempo. Llorente, hablando de la composicion del *Siglo pitagórico*, de Antonio Enriquez Gomez; de *Don Raimundo el*

(1) A este caballero fué á quien dedicó Mateo Aleman la segunda parte de su *Guzman de Alfarache*, y le dice en su dedicatoria: «Si armas, notorio nos es y ninguno ignora que asistiendo vuestra excelencia los años de su infancia en los estudios de Alcalá de Henáres, donde tantas premisas dió de su florido ingenio, viéndose ya mancebo se pasó á Nápoles llevado de la inclinacion y valor militar. Y siendo allí temido por su esfuerzo, respetado por su valor y seguido por la notoria privanza con el Virey, su tío, pospuestas estas prendas, que fueran de otros muchos estimadas, tuvo en mas el bu-

licio de las armas en la guerra, que los deleites, paseos y privanzas en la paz; pues dejándolos, se fué á Flandes en seguimiento de la milicia, que tanto allí ejercitaban. Y con una pica (sin sueldo, sin algun entretenimiento ni mando) gustó de ser en particular soldado, buscando las ocasiones en que señalar su animo valeroso.» Nada hay que decir acerca de los otros dos ejemplares citados en el texto. Las comedias españolas están además llenas de caballeros que dejan su casa por acudir á Flandes á servir á su Rey como simples soldados.

Entremetido, compuesto por don Diego de Tobar y Valderrama, y del *Teatro del hombre, el hombre, ó vida del conde Matisio*, de don Juan de Zabaleta, dice que estas tres obras se escribieron con objeto de amortiguar el gusto nacional hácia las novelas picarescas y dar á la fabula una direccion hácia objetos mas elevados. Las dos últimas puede ser; pero respecto á la primera, no sé en qué puede fundarse. Añade en seguida que Marcos García, cirujano de Madrid, en vista de los partidos que habia, ya en favor de la una clase de novelas, ya en pro de la otra, tuvo la humorada de reirse de estos y aquellos, escribiendo en 1657 el discurso á que puso por título *La flema de Pedro Hernandez*.

Considerado del género novelesco *El coloquio de los perros* de Cervantes, tambien los *Cuentos y Sueños* de Quevedo, á pesar de su falta de accion, pueden pretender en el carta de naturaleza. En efecto, siendo un poco tolerantes en materia de nombres, estas preciosas muestras de imaginacion y de filosofia deben ser admitidas á la clasificacion de novelas alegóricas. Sea por la costumbre de dedicarse á estudios metafísicos, sea porque los árabes hubiesen inoculado semejante aficion, en los siglos medios y en los siguientes de que tratamos estuvo muy válida la alegoría. La mayor parte de los poemas largos que compusieron los vates del reinado de don Juan II, incluso *El Laberinto* de Juan de Mena, principal de todos ellos, se fundan en ella. En el reinado de Carlos V, Fernando de Acuña se labró una buena reputacion con la traduccion de *El Caballero determinado*, poema alegórico de grande estima en Francia. Las figuras alegóricas se admitian como un adorno en la poesia dramática; las alegorias formaban parte muy principal de los festejos públicos; y en las grandes fiestas religiosas eran alma de los autos sacramentales, que el público no hubiera jamás podido gustar ni comprender á no hallarse á ellas muy avezado. Aun en los libros de pasatiempo, en cuya composicion es de creer que para nada se la tuviese en cuenta, se trataron de explicar las aventuras por su medio, juzgando darles mejor interés con suponer encerrado en su contexto un sentido misterioso. Hizolo así Alonso Nuñez de Reinoso con sus *Amores de Clarea y Florisea*; y el gran Torcuato Tasso, despues de haber honrado su patria con el precioso poema de *La Jerusalem liberada*, discurrió para satisfacer á los criticos, que en todas sus aventuras habia oculto un sentido místico, que los guerreros eran personajes simbólicos, y sus combates figura de los que batallan el ánimo. Talento mas que humano hubiera necesitado, si tales símbolos hubiesen sido su pensamiento primitivo, para condensar y dar tan hermosas formas á un poema fundado en semejantes abstracciones del espíritu: de seguro no pensó en ellas cuando lo escribia; pero aquel hecho solo muestra que la alegoría se tuvo en su tiempo como el mas precioso elemento de las obras de imaginacion (1).

(1) El empeño de explicar la novela y el poema épico por la alegoría no fué solo de los italianos y de los españoles. Iguales causas produjeron en otros pueblos idénticos efectos; y donde pecaban los maestros, no era regular que dejasen de pecar los discípulos. A mediados del siglo xvii publicó en Francia Chapelain su poema titulado *La Pucelle*, largo tiempo esperado con ansia por el crédito que disfrutaba su autor, y que no correspondiendo á las esperanzas concebidas, fué años despues inhumanamente ridiculizado por Boileau. Hé aqui cómo en el prólogo explica el misterio de su poema: «Levantaré el velo, dice, del misterio de que está cubierto, y diré en pocas palabras que á fin de reducir la accion á lo universal, siguiendo los preceptos, y por no privarla del sentido alegórico, por el cual la poesia es hecha uno de los principales instrumentos de la arquitectónica, dispuse la materia de suerte, que la Francia debia representar *el alma del hombre* en guerra con ella misma y trabajada por las mas violentas de todas las emociones; el rey Carlos la *voluntad*, señora absoluta, inclinada al bien por su naturaleza, pero fácil de torcerse al mal por la apariencia del bien; el inglés y el borgoñon, súbditos y enemigos de Carlos, los diversos trasportes del *apetito irascible* que alteran el imperio legitimo de la *voluntad*; Amaury é Inés, el uno favorito, y la otra amante del Príncipe, los diferentes movimientos del *apetito concupiscible*, que corrompen la inocencia de la voluntad

por sus inducimientos y encantos; el conde Dunois, pariente del Rey, sectario inseparable de sus intereses y campeón de su causa, la *virtud*, que tiene sus raíces en la *voluntad*, que mantiene las semillas de la justicia que están en ella, y que combate siempre por libertarla de la tiranía de las pasiones; Tannegni, jefe del Consejo de Carlos, el *entendimiento* que esclarece la voluntad ciega; La Pucelle, que viene á asistir al rey Carlos contra el borgoñon y el inglés y que le liberta de Inés y de Amaury, la *gracia divina*, que en el embarazo y abatimiento de todas las potencias del *alma*, viene á reforzar la *voluntad*, sostener el *entendimiento*, unirle á la *virtud*, y por un victorioso esfuerzo, sujetando á la voluntad los *apetitos irascible y concupiscible* que la turban y debilitan, produce esta paz interior y esta perfecta tranquilidad, en que, segun todas las opiniones, consiste el *soberano bien*.» — Por las primeras frases de esta explicacion se ve que no fueron solo los estudios metafísicos los que desarrollaron en los poetas el espíritu de alegoría, sino la falsa inteligencia que dieron á los principios de Aristóteles, que servian de regla á su sistema poético. El filósofo griego dijo que la epopeya tenia por objeto, no lo real y efectivo, sino lo posible ó lo universal: lo que solo significaba que el poeta no debia ligarse á la verdad histórica, sino que era dueño de presentar los hechos, no del modo que sucedieron, sino del modo que debian haber sucedido; y hé aqui cómo interpretaron un precepto tan claro y tan sencillo.

Los españoles, que á todo dirigian su actividad literaria, la trasladaron tambien con bastante felicidad á la novela. Desde antes de mediar el siglo xvi tenian elegantemente traducida á su lengua por Diego Lopez de Cortejana, arcediano y canónigo de Sevilla, *El asno de oro*, de Apuleyo (1), que aun cuando rigorosamente no pueda llamarse novela del género alegórico, pertenece al fantástico, que se da mucho la mano con aquel. Años antes el protonotario Luis Mejía escribió en el primero de estos géneros su *Labricio Portundo, Apólogo de la ociosidad y del trabajo*, que comentado por Francisco Cervantes Salazar, se publicó en 1546 (2). Supónese en este escrito (en que el autor trató filosóficamente de encomiar los provechos del trabajo y hacer aborrecibles los daños de la ociosidad) que en Sybaris vivia una regalada señora, llamada Ocía, á quien servian y con quien privaban la Fraude, la Hipocresía, la Pereza y la Ignorancia; y viendo otras personas, de las que formaban su corte y que no tenian como aquellas perversas damas empeño en pervertirla, que segun un oráculo, si se casaba seria la mas feliz de las mujeres, y tendria de su parto siete preciosas hijas, que representan las siete artes liberales, la suplicaron tomase marido. En efecto, ella les ofreció casarse con Labricio; pero al conocer por los regalos que este le enviaba que á su lado tendria que trabajar, despidió de su corte al mensajero con los presentes, encargándole que dijese á Labricio, que hombre tan rústico no podia poseer doncella tan delicada. Labricio, oida esta respuesta, partió luego á la corte, donde se puso á servir á Minerva, enemiga capital de Ocía, de que no poco se dió esta por sentida. En tal situacion, la Necesidad le envia al Temor á hacerla presente los males que de despreciar este enlace y perseverar en su vida se la habian de seguir; y ella reunió consejo, en el cual la Fraude y la Hipocresía prevalecieron con aduladoras argucias en contra de la propuesta del Temor. Labricio, descontento de los desdenes de Ocía, determinó tomar esposa de mano de Minerva, quien lo casó con una dama suya llamada Diligencia. Sabido por Hércules (que en el cielo estaba) este matrimonio, como pariente mayor de Labricio, pidió á Júpiter que lo favoreciese y honrase. El gran Dios, estimando justa esta peticion, envió á Mercurio, que preparó grandes fiestas; y en premio de su virtud puso á Labricio una corona de roble. Minerva le arregló la casa y dió dueñas y doncellas á su esposa Diligencia. Estas fueron las artes y las ciencias. A las fiestas acudieron como caballeros todos los héroes que mas se han distinguido en el mundo por su laboriosidad. Mercurio mientras se prepara la cena enseña á Labricio misterios recónditos, y le dice que para ser buen casado es menester que no separe de su compañía á las cuatro damas Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Asentados todos á cenar, un ciego, que representa á Homero, los deleita con sus cánticos; y alzados los manteles, dice Mercurio á la compañía que Júpiter ha dispuesto que Ocía con su comitiva de vicios sea desterrada á las islas Aqueron-teas. Esta es la fábula de Mejía, que mejoró Cervantes Salazar moralizándola.

Mas la obra maestra de la novela alegórica española no debia aparecer hasta cien años despues, en que Baltasar Gracian escribió la alegoría eminente que lleva el título de *Criticon*, nombre á la verdad algo exótico y poco armonioso; obra que, por consideraciones tal vez al hábito que vestia, publicó Baltasar con nombre de su hermano Lorenzo. Baltasar Gracian, natural de Calatayud y re-

Así las reglas de los antiguos modelos del buen gusto, por ser mal comprendidas, contribuyeron á establecer y autorizar el imperio del malo.

(1) Esta obra se prohibió en el primer expurgatorio de don Fernando Valdés en cualquier lengua vulgar por las obscenidades que contiene. La traduccion se imprimió en Sevilla en 1539. Se reimprimió corregida en Alcalá de Henares en 1584. El título de la obra, que explica todo el argumento, dice así: *Lucio Apuleyo. Del asno de oro. En el cual se tractan muchas historias; i de como una moza su amiga por lo tornar ave, como se habia tornado su señora, erró la bujeta e tornolo de hombre en asno. E andando fecho asno, vido e oyó maldades e traiciones que las malas mugeres hacen á sus maridos. E así anduvo fasta que al cabo de un año comió de unas rosas e tornose hombre, segun que él largamente lo recuenta en este libro.*

(2) Don Antonio Sancha hizo en el siglo pasado una excelente edicion de las obras de Cervantes Salazar con el título de «Obras, que Francisco Cervantes Salazar ha glosado y traducido.—*Diálogo de la dignidad del hombre*, por el maestro Oliva y por Cervantes.—*Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, intitulado, *Labricio Portundo*, por

Luis Mejía, glosado por Francisco Cervantes.—*Introduccion y camino para la sabiduria*, compuesta en latin, como va ahora, por Juan Luis Vives, y vuelta en castellano con muchas adiciones por el mismo Cervantes. Con licencia del Consejo, en Madrid, por don Antonio de Sancha, mccc.lxxii.» Precédela una hermosa *Advertencia preliminar* en que se da razon de estas obritas, escrita, segun tenemos entendido, por el señor Cerdá y Rico; y el *Discurso sobre la lengua castellana* que escribió Ambrosio de Morales, para que precediera al *Diálogo de la dignidad del hombre*. El *Apólogo de la ociosidad y el trabajo* lo dedicó Cervantes Salazar al arzobispo de Toledo don Juan Martínez Siliceo, y lleva al frente un prólogo del erudito maestro Alexio de Venegas. Gran bien hizo Cervantes de Salazar en publicar, y no lo hizo menor Sancha en reimprimir estas obras celebradas, de que decia Mayans en el *Specimen* de su Biblioteca: *Hæc omnia opuscula si non sunt aurea, sunt auro cariora. Ingeniosis fictionibus vivendi rationem docent; et tamen libelli non leguntur, ac si neque editi, neque scripti essent. Ea est optimorum librorum ignorantia, et pessimorum redundantia.*

ligioso de la compañía de Jesus, fué uno de los talentos mas claros y de los ingenios mas agudos que produjo España en un siglo que vió morir á Cervantes y en que florecieron Lope, Quevedo, Tirso, Balbuena, Solís y Calderon. La idea del *Criticon* es describir los peligros que cercan al hombre incauto en los diversos periodos de su vida, y explicar el modo de salir de ellos incólume: con este motivo censura los vicios con que en cada uno de estos periodos le asedia la sociedad; y esto dió origen sin duda al título de la novela. Para lograr su objeto supone el autor un hombre que criado, digámoslo así, fuera del mundo, se presenta de repente en él con el uso cabal de sus potencias y sentidos, ignorante de cuanto pasa en el caos de la vida, y libre de todas las preocupaciones de la sociedad.

Esta ingeniosa invencion de valerse de un hombre, criado sin ningun conocimiento de lo que es el mundo, para describir los riesgos con que nos circunda, guarda gran analogía con la historia árabe de Haï, hijo de Yocdan, que se atribuye á Avicena. El autor, sea quien fuere, queriendo mostrar los progresos que un hombre solo, ayudado de las luces naturales, puede hacer en la filosofia, sin los socorros del método y del arte, finge que este Haï nació de la tierra, sin padre y sin madre, en una isla desierta, situada bajo la línea, modo de nacer que no repugnaba á los conocimientos que los árabes tenian de la naturaleza. Crióle allí una cabra, y llegado á la edad de la reflexion, por su juicio, por sus observaciones y meditacion adquirió por grados todos los conocimientos que da el estudio de la filosofia, hasta elevarse al del mismo Dios y del soberano bien, consiguiendo subir de la contemplacion á la mas sublime cumbre (1). No es esto decir que Gracian conociera la obra del filósofo árabe: probablemente no tuvo de ella noticia; y esta coincidencia significa solo que dos grandes talentos, puestos en igual caso, tienen por lo comun una misma feliz idea.

En *El Criticon* de Gracian, Andrenio, que es el héroe, se cria tambien en una isla desierta, dentro de una tenebrosa cueva, sin ver ninguno de los objetos que por defuera la naturaleza ofrece. Una tempestad arroja á Critilo á aquella isla, y encontrándose con él, queda maravillado de hallarse con un ser humano en aquellas regiones deshabitadas. Por este encuentro comienza el libro. Critilo quiere preguntarle quién es y cómo está allí; pero como Andrenio no conoce su idioma, no puede satisfacer su curiosidad. Poco á poco le enseña el que él habla, y es entonces cuando le da el nombre de Andrenio, pues antes como no tenia para qué le sirviese, carecia de él. Este, ya instruido en el habla, le cuenta lo que alcanza de su historia; que las fieras le criaron en una lóbrega caverna, negado á los objetos del cielo y de la tierra, y que un terremoto, destruyendo su guarida, le libertó de aquella oscura prision. Así el autor nos dispone á la manifestacion del asombro que deberia causar, á un hombre que hasta la edad de la razon estuviese sin noción alguna de las maravillas de la naturaleza, la primera vista del sol, de los cielos, de una noche estrellada y demás portentos de la creacion, que por la falta de novedad no nos asombran; porque, como él dice, entramos en el mundo con los ojos del alma cerrados, y cuando los abrimos al conocimiento, ya la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no da lugar á la admiracion.

Un barco que aporta á aquellas regiones los conduce á España. Aquí comienzan á observar los vicios y defectos de que adolece la sociedad, que el autor manifiesta por una tejida tela de alegorías, zahiriéndolos con chiste, y mas que todo, con inagotable agudeza. Vese aquí cuán feliz ocurrencia fué que Andrenio, que es quien nota asombrado las monstruosidades y extravagancias del mundo, se haya criado entre fieras entregado solo á la razon natural; pues de otro modo podia aparecer que las preocupaciones de la educacion, y no lo que tienen en si intrínsecamente de monstruoso, eran causa de que le chocasen costumbres que no se parecen á las suyas. Critilo, en quien está representado el juicio y la prudencia, es el Mentor de este nuevo Telémaco, simbolo de la inocente candidez, y lo pasea ante las diferentes fases de la vida humana. De aquí se divide naturalmente la obra en tres partes: la primera que trata de la primavera de la niñez y el estio de la juventud; la segunda del otoño de la edad varonil, y la tercera del invierno de la vejez. Las alegorías de que se vale el autor en cada una de ellas para su critica son muchas, ingeniosas y oportunas, sin que la abundancia le obligue nunca á esfuerzo ni á violencia.

Hermosa es en la primera parte aquella de los niños conducidos por una matrona de seductor aspecto y agradable genio, acompañada de multitud de criadas de su humor, que con mil invenciones

(1) Huet, en su *Traité de l'origine des romans*, habla de esta obra, y dice que es estimable, y que lo seria aun mas, si el autor no hubiese exagerado la ficcion haciendo

que Haï se eleve á raciocinios superiores á la verosimilitud.

y juguetes los entretenía sin perdonar halagos para deleitarlos. De esta manera los metió en un valle profundo rodeado á una y otra banda por montes altísimos; y llegada la noche, mandó la engañosa coductora hacer alto en aquella horrible profundidad. A una señal dada comenzaron á salir de entre breñas y cavernosas grotas, multitud de leones, osos, tigres y serpientes, que arremetiendo de improviso, dieron en aquella flaca y tímida manada, é hicieron en ella encarnizado estrago. En medio de la espantosa carnicería remaneció por la opuesta parte del valle otra mujer, brillante como la aurora, que corría desalada á salvar tanto infante como perecía. En cuanto las carnívoras fieras descubrieron su rostro grave y sereno, cesaron en la matanza, y se retiraron á todo huir dando aullidos espantosos. Comenzó ella á recoger los pocos niños que habían quedado, y ayudada de hermosísimas doncellas que llevaba en su compañía, sacó muchos de las lóbregas cuevas y aun de las mismas gargantas de los monstruos; eran estos de los mas pobres, porque en los mas principales, como mas lucidos, habían hecho las fieras mayor riza. La hembra maldita que pone á los niños en precipicio significa la inclinación anticipada al mal; por la reina libertadora se entiende á la razón. Aquella, dice el autor, se apodera luego de un niño, le gana con halagos, y adelantándose á la razón, triunfa de la mísera infancia; los mismos padres con el mal entendido amor que tienen á sus hijuelos, por no contrariarlos, concédentes cuanto quieren. Con esto se apoderan del muchacho las pasiones, que se robustecen con la paternal connivencia, y prevalece la depravada inclinación al mal que con sus caricias trae al tierno infante al valle de las fieras á ser presa de los vicios y esclavo de sus desordenados apetitos: de modo que cuando la razón llega con las virtudes, que son sus compañeras, ya los encuentra entregados á aquellos monstruos, y muchos de ellos sin remedio; siendo principalmente los que se hallan en este caso los hijos de señores y los ricos, en los cuales el criarse con mas regalo es ocasion de mas voluntariedad en las pasiones. ¡Cuán bien expresados en esta alegoría están los perjuicios de no violentar los caprichos y perversa inclinación de los niños en la primera aurora de la vida!

Otra alegoría, no menos ingeniosa, hay algo mas adelante para manifestar cuán cambiada anda la suerte á veces en el mundo. Tenia la fortuna dos hijos muy desemejantes en todo: el uno agradablemente hermoso; el segundo desapaciblemente feo, que, si en los rostros eran desemejantes, no lo eran menos en las condiciones. La madre vistió al primero con un vestido bellissimo que tejió la primavera, y al segundo con un vestido tétrico y funesto, recamado de espinas. Salian de casa, y al primero todos le abrian la puerta; y todos, al contrario, huían del segundo: eran estos dos hermanos el Bien y el Mal. Triste y pensativo este último al ver lo mal recibido que era en todas partes, quiso valerse de una treta, y conociendo lo poderoso que es el Engaño y los prodigios que obra cada día, determinó de ir á buscarlo una noche. Despues de recorrer inútilmente en su seguimiento muchos parajes, dió, en fin, con él en casa de un presumido confiado, donde le halló encubierto bajo capa de verdad. Comunícale sus cuitas, y él, conociendo la raíz de su mezquina suerte, le dice que la cambiaria en buena si dejando el mal vestido se cubriera de flores; ofreciéndole barajar las cosas de modo, que él fuese el amado de los hombres, y el hermano el aborrecido. Diciendo y haciendo, fué el Engaño con el Mal á casa de la Fortuna. Ofrecióse el Engaño á esta por mozo de guía, representándole la necesidad que como ciega tenia de un lazarillo fiel; abonóle el hijuelo, y así le admitió la Fortuna en su casa, que es todo el mundo. Desde aquel instante comenzó el Engaño á revolverlo todo en casa de esta señora: por llevarla á la habitacion de un virtuoso, la lleva á la de un malo; cuando habia de correr, la detiene; y cuando habia de ir con tiento, vuela; equivocábale las manos á cada punto para que reparta las felicidades y desdichas (1). Pero hizo aun mas el Engaño, metido á lazarillo de la Fortuna. Observó que por la noche, cuando desnudaba á sus hijos, cuidado que á nadie fiaba, ponía los vestidos de los dos en diferentes puestos; trocóselos sin ser sentido, y puso los del Bien al lado del Mal, y vice-versa. Sin reparar púsose la virtud la túnica de espinas, y la de

(1) Hé aqui los ejemplos que pone de estos golpes de ciego dados por la fortuna, por travesuras del Engaño. «Acabó con uno con un don Baltasar de Zúñiga, cuando habia de empezar á vivir; acabó con un duque del Infantado, con un marqués de Aitona y otros semejantes, cuando mas eran menester. Dió un revés de pobreza á un don Luis de Góngora, á un Agustín Barbosa y á otros hombres eminentes, cuando debiera hacerles muchas mercedes; erró el golpe también, y excusábase el bellacon diciendo: Vinieran estos en tiempo de un Leon X, de un rey Francisco de Francia, que este no es su siglo. ¿Qué desfavores

no hizo á un marqués de Torrecuso, y jactábase de ello diciendo qué hicieramos sin guerra? Ya estuviera olvidada. También fué errar el golpe dar un balazo á don Martín de Aragon, conociéndose bien pronto su falta. Iba á dar la fortuna un capelo á un Alpicueta navarro, que hubiera honrado el sacro colegio; mas pególe en la mano un tal golpazo, que echóle en tierra, acudiendo á recogerle un clérigon, y riendo el picaron, decia: ¡Eh! que no pudiéramos vivir con estos tales: bástales su fama; estos otros sí que lo reciben humildes, y lo pagan agradecidos.

flores el vicio; y desde aquel día la virtud y la maldad andan trocadas y todo el mundo engañado ó engañándose: los que abrazan la maldad por el cebo del deleite hallanse despues burlados, y muchos abandonan la virtud por áspera, llegándoles tarde el desengaño (1).

De alegorías tan hermosas como las dos citadas está llena toda la obra. Estas dos se leen en la primera parte, y en la misma se hallan otras como la de *Las maravillas de Artemia*, que es la ciencia; la de *La venta del mundo*; y la de *Los encantos de Falsirena* (por quien se entiende el deleite lascivo), que es digna de leerse; pues aunque Falsirena encontró en la antigüedad un modelo en la Circe de la Odisea de Homero, supo el talento del escritor español adornar con tan nuevos colores su cuadro, que lo convierten en una pintura original. Pocas cosas pueden darse mas bien pensadas y aun escritas que el modo con que Falsirena se insinúa en el ánimo del incauto Andrenio y la sagacidad con que engaña al mismo Critilo, cuya prudencia habia sabido preservarle de otros peligros.

No tiene menos hermosas alegorías la segunda parte, donde se representan las inclinaciones que dominan en la edad madura y los peligros á que está expuesta. Por no caer en la tentación de extracar, pasaremos á la tercera, en que nuestros dos viajeros entran en el territorio de la gran reina Vejecia, es decir, en los últimos confines de la humana vida. Graciosos y oportunos son los estatutos que da aquella señora para evitar que los ancianos sean cansados y ridículos; pero pasémoslos de claro para detenernos en la crisis VII, que así llama el autor á cada capítulo. Lleva el extraordinario título *La hija sin padre, en los desvanes del mundo*, por cuyo extraño nombre designa á la vanidad. ¡Cuánta gracia, cuánta oportunidad y cuánta elocuencia á veces! En estos desvanes dice que se encuentran chimeneas de todas especies, por donde salga el humo de las vanas cabezas de los que los habitan, unas á la francesa muy disimuladas y angostas, otras á la española muy campanudas y huecas; que aun en esto se muestra la antipatía de las dos naciones. Distingue primero la vanidad que, incitando á los hombres á gloriosas acciones, puede ser útil y debe conservarse, de aquella que por exagerada, por ridícula y por necia, nunca da buenos resultados. «No solo, dice, no huyen de este humo las personas, sino que andan tras él. Hombre hay que por un poco humo dará todo el oro de Génova, que no ya de Tíbar. Yo vi dar á uno mas de diez mil libras de plata por una onza de humo. Dicen que es hoy el mayor tesoro de algunos principes y que les vale una India, pues con él pagan los mayores servicios y con él se contentan los mas ambiciosos pretendientes. —¿Cómo es eso que con humo les pagan? ¿Cómo es posible?—Sí, porque ellos se pagan de él. ¿Nunca has oido decir que con el humo de España se luce Roma? ¿Sabes tú qué cosa es tener un caballero humos de título?... ¿Piensas tú que se estiman poco esas penacheras, tremolando al aire de su vanidad? Con este humo de la honrilla se alienta el soldado, se alimenta el letrado, y todos van tras él. ¿Qué piensas tú que fueron y son todas las insignias que han inventado, ya el premio ya la ambición (para distinguirse de los demás), las coronas romanas cívicas ó murales, de encina ó grama, las cidaris persianas, los turbantes africanos, los hábitos españoles, las jarretieras inglesas y las bandas blancas? Un poco de humo, ya colorado ya verde, y de todas maneras y en todas partes plausible.»

Habla en seguida de la vanagloria ó de la vanidad, que por infructuosa justamente merece este título. Dice que en su palacio, además de humo, todo es ruido, porque allí todos lo quieren hacer: por valiente, por sabio que el hombre sea, allí, en no haciendo ruido, no es conocido ni tiene aplauso; lamentando de este modo lo desvalida que está en el mundo la virtuosa modestia. No es por dentro este palacio sino desvanes y mas desvanes, huequedades sin sustancia, y bóvedas de necesidad. En el primer desvan están los linajudos: uno dice que el conde Claros fué su tatarabuelo, á lo cual repone Critilo que acaso sería el conde *Obscuros*, porque no hay cosa mas oscura que el origen de las prosapias. Zahiré graciosamente esta preocupacion tan extremada en su tiempo; pero no para aquí, y con un chistoso cuento hace ver lo general que era en España el orgullo aristocrático por la extensión desmesurada que tiene el goce de sus privilegios en una nacion en que provincias enteras son nobles. No faltaba, dice, en Italia soldado español que luego no fuese don Diego ó don Alonso; y preguntando un italiano «*signori, en España ¿quién guarda la pécora?*» «Anda, le res-

(1) Una idea semejante expresó un buen poeta italiano en un soneto que hace años tradujimos así:

Quando al regio dosel del cielo santo
Quiso subir desengañada Astrea,
Llevó al puro Placer; porque se vea
Castigado el mortal sin su alma encanto.
La fe, el amor y la virtud con llanto
Procuran tristes revocar su idea,

Y el tal ardor en ausentarse emplea,
Que se dejó olvidado el rico manto.
El dolor lo encontró, y anduvo errando
Ocultándose en él, entre la gente
Que lo juzgó el placer y á él acudia.
De entonces pasa que en el mundo infando
El hombre se confunde, y bien frecuente
Lo que juzgó placer es pena impia.